

075. Una gracia que compromete

Cada vez penetra más hondo en la conciencia de todos el hecho de la *dignidad personal* y de las exigencias que entrañan los *derechos humanos*. Esto es una bendición de Dios para nuestros tiempos.

Cualquier persona, sea de la raza, de la edad, del sexo, de la religión o de la condición social que queramos, merece un respeto sumo. Y todo, por el mero hecho de ser una persona. Porque la persona —cualquiera de las personas que nos rodean— es un ser singular, irrepetible, imagen de su Creador.

Por eso sus derechos son inviolables, porque se los ha concedido la misma Naturaleza, digamos mejor, se los otorgado Dios, el autor de la Naturaleza.

Pero, aparte de este fundamento de la dignidad humana, otorgado por la Naturaleza a todo hombre y a toda mujer, ¿no habrá algún otro superior? Y sí; nos encontramos con un fundamento que no es precisamente natural y humano, sino *sobrenatural y divino*.

Porque sobre todas las cualidades que Dios ha otorgado a cualquier persona, no hay una superior a la de ser participante de la vida misma de Dios. Si una persona ha entroncado con Dios, porque ha entrado a ser de la familia de Dios, porque corre por sus venas la misma sangre que circula por las venas de Dios, esa persona ha alcanzado la dignidad suprema.

Es lo que ocurre con quien puede decir, y dice: *Dios es mi vida*.

¿Es esto posible? Ciertamente. Así lo ha entendido siempre la fe de la Iglesia. ¿Queremos ejemplos preciosos? Tomemos libros de la antigüedad cristiana, y leamos las inscripciones halladas en las lápidas sepulcrales, sobre todo en las catacumbas del tiempo de las persecuciones desatadas por el Imperio Romano.

- Una de ellas —son sólo dos palabras en su original griego—, sobre la lápida de un niño: *El amadísimo es inmortal*. Porque el niño tenía una vida, la de Dios, que no puede morir.

- Otra, sobre el sepulcro de una muchacha de dieciocho años en el sur de Francia: *Perdió la muerte y halló la vida. Porque amó sólo al dador de la vida, ahora está unida con Él en el Cielo*.

- Y una clásica en las catacumbas de Roma: *Vivimos en Dios*. Al lado, tiene el pez, símbolo de Cristo.

Quien tiene la vida de Dios, comunicada por Jesucristo, tiene una vida que no puede morir.

Esta es la razón suprema de la dignidad humana. La vida de Dios que llevamos en nosotros.

La vida natural es don grande de Dios dentro del orden de la Naturaleza, y somos todos muy respetables por el mero hecho de personas humanas. Es cierto que Dios se vuelca sobre todas sus criaturas con amor y delicadeza inefables. *Dios está inclinado sobre su creación, dando la vida a todos los gérmenes, poniendo sangre en todas las venas, agua en todas las fuentes, plumón en todos los nidos, flores en todos los prados, arenas en todos los desiertos, estrellas en todos los cielos* (Gibier)

Dios se inclina sobre el hombre de una manera especial. Su providencia sobre él es muy superior a la que usa con todas las otras criaturas. Por el simple hecho de ser hombre o mujer, Dios ha estampado sobre él o ella la impronta de su ser haciéndolos imagen suya, además de llamarlos a participar de su propia vida. Porque aunque no

hayan conocido a Jesucristo, Jesucristo murió por ellos y *Dios quiere que lleguen al conocimiento de la verdad y se salven* (1Timoteo 2,4)

Pero viene ahora la realidad cristiana. Los bautizados en Cristo hemos recibido unos dones de Dios muy superiores a todos los regalos de la Naturaleza.

Son dones de la *Gracia*, que están muy por encima de todos los dones naturales, y nos hacen inmensamente más dignos de respeto por el hecho de ser participantes de la vida misma de Dios.

El cristiano, dotado de la vida de Dios, merece un respeto que se convierte en veneración.

El cristiano, miembro vivo de Cristo.

El cristiano, templo del Espíritu Santo que mora en él.

El cristiano, ciudadano de la Iglesia, Pueblo de Dios.

El cristiano, candidato de la Patria celestial.

El cristiano lleva la vida de Dios que lo encumbra sobre todos los seres de la creación. No ha de esperar otra vida fuera de la de Dios. Cuando San Martín de Tours oía hablar de la “otra” vida, corregía con energía al interlocutor: -*¿Qué es eso de la “otra” vida? ¡Vida verdadera no hay más que una sola!*

Porque ni la vida del Cielo será para nosotros vida distinta de la vida de la Gracia, que disfrutamos ya ahora en el gozo de una conciencia en paz.

¿Muy grande todo esto, no es así?... Ciertamente. Pero viene la contrapartida, de la cual Dios no nos dispensa, y expresada valientemente por aquel joven, dirigente de Encuentros:

- *Cada vez estoy más contento y orgulloso de ser cristiano. Pero también más fastidiado. Porque Jesucristo —que me comprende y me perdona todos mis fallos— no me consiente nada, porque no se contenta sino con lo mejor.*

Nuestra dignidad cristiana, envuelta siempre en una capa de humildad sincera, merece un gran respeto de los demás.

Pero lo merece ante todo del mismo portador de esa dignidad tan alta. Cuanto más cargados de los dones de Dios, más responsables nos volvemos ante todos los que nos miran.

Jesús —el “exigente” Jesús que “fastidiaba” a nuestro muchacho—, nos lo dice de manera muy suave y delicada, respetando como nadie nuestra libertad: “*Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial*” (Mateo 5,48).

Nos propone lo más alto, como diciendo: *Si eres tan grande, tan grande, ¿por qué te detienes, por qué no llegas hasta la mayor altura?...*